

GRAN SUPER TERROR

HORROR

Lo mejor del terror contemporáneo

STEPHEN KING
y otros

Selección de Charles L. Grant



Veinte relatos, inéditos en su mayor parte, que constituyen la mejor antología de terror contemporáneo hasta hoy.

Ésta es la primera vez que se reúnen en un solo volumen los autores más brillantes de la literatura de terror actual. Charles L. Grant, compilador de la antología, es el mejor especialista en trabajos de selección dentro de este género. En este caso ha agrupado con singular talento las narraciones más representativas que era posible ofrecer al lector exigente, y el resultado ha sido una obra maestra que no debe faltar en ninguna biblioteca. Con un mérito adicional: muchos de estos relatos han sido escritos especialmente para el presente volumen.

Introducción

Hace más años de los que me atrevo a recordar, solía pasar la tarde de los sábados en el Teatro Lincoln de Kearny, New Jersey, junto con mis amigos en una huida de la escuela, del tiempo, de los padres, de los deberes escolares y de cualquier cosa (o persona) capaz de chasquear al peor monstruo de la infancia: ser responsable (también conocido como portarse de acuerdo con la edad de uno o madurar). Entonces era muy natural reemplazar este monstruo por una deliciosa hornada de otros monstruos: el hombre lobo, el vampiro, el fantasma, el espíritu de los alaridos, el horror del sótano, el horror del desván... Muchas veces mis amigos y yo salíamos del cine riendo, caminando con las piernas muy rígidas o fingiendo que llevábamos largas capas negras y enseñando los colmillos a las chicas que pasaban.

Pero con la misma seguridad que la caricatura sigue al primer artículo importante, también había una noche del sábado. En la cama. Solo. Sumido en el sueño del inocente hasta que *algo* me despertaba. Me despertaba con tanta fuerza, de hecho, que lo pasaba muy mal para volverme a dormir. Y a menudo precisaba los tranquilizadores servicios de mis padres para asegurarme que yo, sin ninguna duda, vería el próximo amanecer.

Podría creerse que muchos años así debieron curarme de Karloff, Lugosi, Zucco y todos los demás, pero no fue

así. Y tampoco fue así para ninguno de mis amigos, aunque nadie quisiera admitir las pesadillas que seguían a la sesión de tarde del sábado. Lo único que sabíamos era esto: las películas nos divertían. No cuando soñábamos, sino cuando las contábamos. Al fin y al cabo, por eso principalmente íbamos a verlas: para asustarnos entonces y para asustarnos más tarde.

Desde entonces el Monstruo ya me ha atrapado, en general. He madurado, he aceptado cierta dosis de responsabilidad acá y allá y, en ocasiones, me porto de acuerdo con mi edad (sea cual sea el maldito significado de la expresión).

Por otra parte, también escribo y hago recopilaciones como ésta, libros que, si todo va bien, de vez en cuando ofrecen a los lectores una buena dosis de escalofríos, temblores y aullidos verdaderos. En el fondo, para ser sinceros, no somos tan maduros. El miedo que tenemos ahora no es el mismo que cuando éramos niños, pero es miedo de todos modos. Nos hace sudar las palmas de las manos, nos produce pesadillas y a veces tiene la fuerza suficiente para alterar nuestro carácter.

El miedo es ahora, como entonces *real*.

¿Por qué, pues, leemos relatos de terror?

Porque usted puede dejar este libro, apartarse de él, cerrarlo bruscamente con la certeza de que las cosas horribles que suceden a la gente en estas páginas no pueden sucederle. Lo que hay en estas páginas no existe.

No obstante, creo que de todos modos es divertido flirtear con el miedo, entregarse a él de vez en cuando, y si nos afecta más que cuando éramos niños..., bien, es el riesgo de la pesadilla, ¿no? Ahí interviene la diversión.

Y para estar seguros de que estos autores no han perdido el tiempo, ellos exigen al lector únicamente una cosa (aparte de una habitación en penumbra, viento frío y un cristal que vibra amilanadoramente en la ventana): del mismo modo que una película con diez asesinatos gráficos y a

todo color tiende a entumecer la mente y produce poca cosa más que bostezos, leer veinte o más cuentos seguidos es aburrido y acaba siendo frustrante. A los escritores reunidos aquí no les importa en absoluto la velocidad del tráfico en la calle del lector; lo único que piden es la oportunidad de lograr lo que usted desea de ellos: horrorizarlo, aterrorizarlo o darle una simple dosis de nerviosa ansiedad.

Estos relatos son diversamente gráficos, sosegados, orientados hacia lo sobrenatural, encauzados hacia lo psicológico. Algunos son cachiporras, y otros cuchillas de afeitar. Algunos exigirán de usted más trabajo que otros, y algunos ejercerán su efecto más de una vez, como el impacto de un potente veneno que entra en su organismo... y el regusto que deja.

Todos ellos, no obstante, pretenden hacer recordar pesadillas.

Y tarde o temprano usted puede toparse con una de las suyas.

Naturalmente, mientras las luces sigan encendidas y usted no crea ni por un momento en todas estas cosas, puede estar tranquilo. Ese Monstruo de la infancia lo ha atrapado y transformado, y usted puede enfrentarse a casi todo en la actualidad, en especial a cuentos que no pasan de morder un poquito en su imaginación, agitar un poco las sombras que usted estaba seguro de que habían desaparecido en cuanto salió el sol...

Usted se atreve a todo.

Que duerma bien.

CHARLES L. GRANT
Newton, Nueva Jersey, EEUU

Algo repelente

WILLIAM F. NOLAN

Los adultos parecen encontrar maravillosos deleites atormentando a los niños hasta hacerlos llorar o sufrir pesadillas, sobre todo recurriendo directamente a lo que saben asustará más a los chicos. Quizá sea una reacción a sus experiencias antes de «madurar», o tal vez se trate de otra cosa peor..., algo básico.

William F. Nolan, residente en California, ha editado, escrito y colaborado en decenas de libros con temas que van desde lo macabro hasta las emociones de las carreras automovilísticas, o su reciente biografía de Steve McQueen. También ha escrito guiones para el cine y la televisión.

—¿Aún no te has duchado, Janey?

Era la voz de su madre en la planta baja, que flotaba como el humo hacia ella, apenas audible desde su cama.

Más fuerte en ese momento, insistente.

—¡Janey! ¡Contesta!

Se levantó, se estiró como una gata, salió al pasillo, al rellano, donde su madre pudiera oírla.

—Estaba leyendo.

—Pero si te dije que tío Gus vendría esta tarde.

—Le odio —dijo Janey en voz baja.

—Estás murmurando. No te entiendo. —Frustración. Enojo y frustración—. Baja ahora mismo.

Cuando Janey llegó al pie de la escalera, la imagen de su madre ondeaba como el agua. La pequeña cerró y abrió los ojos con rapidez, esforzándose en despejar sus lacrimosos ojos.

La madre de Janey se alzaba ante ella, alta, voluminosa y perfumada con su satinado vestido veraniego.

Mamá siempre parece bonita cuando viene tío Gus.

—¿Por qué lloras?

El enfado había cedido el paso a la preocupación.

—Porque sí —dijo Janey.

—¿Por qué?

—Porque no quiero hablar con tío Gus.

—¡Pero si él te adora! Viene especialmente a verte.

—No, no es verdad —dijo Janey mientras se frotaba la mejilla con su puñito—. No me adora, y no viene especial-

mente a verme. Viene a pedir dinero a papá.

Su madre se sobresaltó.

—¡Es espantoso que digas eso!

—Pero es verdad. ¿A que sí?

—A tu tío Gus lo hirieron en la guerra y no puede hacer un trabajo normal. Hacemos lo que podemos para ayudarle.

—Yo nunca le he gustado —contestó Janey—. Dice que hago mucho ruido. Y nunca me deja jugar con «Bigotes» cuando está aquí.

—Eso es porque los gatos le fastidian. No está acostumbrado a ellos. No le gustan las cosas con pelo. —La mujer tocó el cabello de Janey. Oro blando—. ¿Recuerdas ese ratón que trajiste la Navidad pasada, qué nervioso puso a tío Gus...? ¿Te acuerdas?

—«Pete» era muy listo —dijo Janey—. No le gustaba tío Gus, igual que a mí.

—A los ratones ni les gusta ni les disgusta la gente —le explicó su madre—. No tienen bastante inteligencia para eso.

Janey meneó tercamente la cabeza.

—«Pete» era muy inteligente. Encontraba el queso en cualquier parte de mi cuarto, aunque estuviera muy escondido.

—Eso está relacionado con el sentido básico del olfato, no con la inteligencia —dijo su madre—. Pero estamos perdiendo el tiempo, Janey. Sube corriendo, dúchate y ponte tu bonito vestido nuevo, el de lunares rojos.

—Son fresas. Tiene fresitas rojas en la tela.

—Estupendo. Ahora obedece. Gus llegará pronto y quiero que mi hermano se sienta orgulloso de su sobrina.

Con la rubia cabeza gacha y arrastrando los taloncitos en cada escalón, Janey subió la escalera.

—No hablaré de esto a tu padre —estaba diciendo su madre, y la voz iba apagándose conforme la pequeña seguía subiendo—. Sólo le diré que te has dormido.

—No me importa lo que le digas a papá —murmuró Janey.

Las palabras desaparecieron como humo en el pasillo mientras la niña se dirigía a su habitación.

Papá creía todo lo que le decía mamá. Siempre. A veces era verdad, lo de dormir más de la cuenta. Era difícil despertar de la siesta. *Porque yo no quiero irme a dormir. Porque lo odio.* Igual que comer brócoli, tomar pastillas de vitaminas en forma de animalitos de colores, visitar al dentista y subir en las montañas rusas.

Tío Gus la había llevado a una montaña rusa, altísima y pavorosa, el último verano, y Janey había vomitado. A él le gustaba ponerla nerviosa, asustarla. Mamá no sabía cuántas veces le decía cosas espantosas tío Gus, o le hacía bromas pesadas, o la llevaba a sitios que a ella no le gustaban.

Mamá la dejaba a solas con él mientras iba a comprar, y Janey aborrecía totalmente estar en la vieja y oscura casa de tío Gus. Él sabía que la oscuridad la asustaba. Se sentaba delante de ella con las luces apagadas, le explicaba historias fantasmales, llenas de detalles tenebrosos y atroces, y su voz era empalagosa y horrible. Janey se espantaba tanto cuando escuchaba a su tío que a veces acababa llorando.

Y las lágrimas hacían sonreír a tío Gus.

—Gus. ¡Siempre es una alegría verte!

—Hola, hermanita.

—Pasa. Jim está holgazaneando por ahí. He preparado una cena buenísima. Pavo troceado. Y he hecho tortas de maíz.

—¿Y dónde está mi sobrina favorita?

—Janey bajará en cualquier momento. Llevará su nuevo vestido... sólo para ti.

—Bien, vaya; eso es magnífico.

Janey estaba observando en lo alto de la escalera, tumbada en el suelo para que no la vieran. Qué rabia le daba ver a mamá abrazando a tío Gus de aquella forma, siempre que venía, como si hubieran pasado años desde la última visita. ¿Por qué mamá no se daba cuenta de lo malvado que era tío Gus? Todos los amigos de la clase de Janey habían comprendido que él era una mala persona el primer día que la llevó al colegio. Los niños suelen saber inmediatamente cómo es una persona. Igual que aquel viejo miserable, el señor Kruger, de geografía, que obligaba a Janey a quedarse en clase cuando olvidaba hacer los deberes. Todos los niños sabían que el señor Kruger era espantoso. ¿Por qué los adultos tardaban tanto tiempo en comprender las cosas?

Janey se deslizó hacia atrás en las sombras del pasillo. Se levantó. Tenía que bajar... con la ropa de estar por casa. Eso significaría seguramente una zorra en cuanto se marchara tío Gus, pero valía la pena a cambio de no tenerse que poner el vestido nuevo en su honor. Las zurras no hacían demasiado daño. Valía la pena.

—¡Vaya, aquí está mi princesita! —Tío Gus estaba levantándola por el aire, muy fuerte, para marearla. Ya sabía que ella odiaba los zarandeos. La dejó en el suelo con un ruido sordo. La miró con sus crueles ojos—. ¿Y dónde está ese bonito vestido nuevo de que me hablaba tu mamá?

—Se me ha roto —dijo Janey, con la mirada fija en la alfombra—. No puedo ponérmelo hoy.

Su madre volvió a enfadarse.

—Eso no es verdad, señorita, ¡y tú lo sabes! Planché ese vestido por la mañana y está perfecto. —Señaló arriba—. ¡Sube otra vez a tu cuarto y ponte ese vestido!

—No, Maggie. —Gus sacudió la cabeza—. Deja a la niña tal como está. Tiene muy buen aspecto. Vamos a cenar. —Pinchó el estómago de Janey con un dedo—. Apuesto a

que esa barriguita tuya se muere de ganas de probar un poco de pavo.

Y tío Gus fingió que reía. A Janey no la engañaba nunca; ella sabía distinguir las risas verdaderas de las fingidas. Pero mamá y papá jamás parecían notar la diferencia.

La madre de Janey suspiró y sonrió a Gus.

—De acuerdo, lo pasaré por alto esta vez... Pero creo que la mimas demasiado.

—Tonterías. Janey y yo nos entendemos muy bien. — Miró fijamente a la pequeña—. ¿No es cierto, guapa?

La cena no fue divertida. Janey no pudo acabar el puré de patata, y sólo probó el pavo. Nunca podía disfrutar con la comida si su tío estaba presente. Como de costumbre, su padre apenas se dio cuenta de que ella estaba en la mesa. Él no se preocupó en saber si llevaba puesto el vestido nuevo. Mamá se ocupaba de esas cosas, y papá de su trabajo, fuera cual fuese. Janey no había averiguado nunca qué hacía, pero él se iba todos los días a cierta oficina desconocida para ella y ganaba dinero suficiente, por lo que siempre podía dar algo a tío Gus cuando mamá le pedía un cheque.

Ese día era domingo y papá estaba en casa para leer el enorme periódico, limpiar el coche y podar el césped. Hacía las mismas cosas todos los domingos.

¿Me quiere papá? Sé que mami me quiere, aunque a veces me zurre. Pero ella siempre me abraza después. Papá nunca me abraza. Me compra helados y me lleva al cine los sábados por la tarde, pero no creo que me quiera.

Por eso ella nunca podría decirle la verdad sobre tío Gus. Papá no le haría caso.

Y mamá, simplemente, no lo entendía.

Después de la cena, tío Gus agarró firmemente de la mano a Janey y la llevó al patio. Después la hizo sentar cerca de él en la gran mecedora de madera.

—Apostaría a que tu vestido nuevo es feo —dijo con frialdad.

—No. ¡Es bonito!

La aflicción de la niña complació a tío Gus. Se agachó, acercó los labios a la oreja derecha de Janey.

—¿Quieres saber un secreto?

Janey contestó que no con la cabeza.

—Quiero volver con mamá. No me gusta estar aquí.

Janey se dispuso a alejarse, pero él la agarró, la atrajo con brusquedad hacia la mecedora.

—Presta atención cuando te hablo. —Sus ojos chispeaban—. Voy a contarte un secreto... De ti misma.

—Pues cuéntamelo.

Gus sonrió.

—Tienes una cosa dentro.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que hay algo muy dentro de tu asqueroso estomaguito. ¡Y está vivo!

—¿Eh? —Janey parpadeó: empezaba a tener miedo.

—Una criatura. Que vive de lo que tú comes, que respira el aire que tú respiras, y que ve gracias a tus ojos. —Acercó la cara de la niña a la suya—. Abre la boca, Janey, para que yo pueda mirar y ver qué cosa vive ahí abajo...

—¡No, no quiero! —Se retorció para intentar soltarse, pero él era muy fuerte—. ¡Mientes! ¡Estás contándome una mentira horrible! ¡Mientes!

—Ábrela bien —dijo, e hizo fuerza en la mandíbula de la niña con los dedos de su mano derecha hasta que la boca se abrió—. Ah, así está mejor. Vamos a ver... —Escudriñó el interior de la boca—. Sí, ahí. ¡Ahora lo veo!

Janey se echó hacia atrás, con los ojos muy abiertos, francamente alarmada.

—¿Cómo es?

—¡Repelente! ¡Espantosa! Con unos dientes muy afilados. Una rata diría yo. O algo parecido a una rata. Larga, gris y gorda.

—¡Yo no tengo eso! ¡No!

—Oh, claro que sí, Janey. —Su voz era empalagosa—. He visto brillar sus ojos rojos y he visto su larga cola. Está ahí dentro, sí. Algo repelente.

Y se echó a reír. Esta vez de verdad. No era una risa fingida. Tío Gus estaba divirtiéndose.

Janey sabía que él sólo pretendía asustarla una vez más..., pero no estaba completamente segura respecto a la cosa que llevaba dentro. Quizás él había visto algo.

—¿Hay... otras personas con... criaturas... que viven dentro de ellas?

—Depende —dijo tío Gus—. Las criaturas malas viven dentro de las personas malas. Las niñas buenas no tienen ninguna.

—¡Yo soy buena!

—Bueno, eso es cuestión de opinión, ¿no crees? —Su voz era dulce y desagradable—. Si fueras buena no tendrías una cosa repelente viviendo dentro de ti.

—No te creo —dijo Janey, que respiraba con dificultad—. ¿Cómo puede ser verdad?

—Las cosas son reales cuando la gente cree en ellas. —Encendió un largo cigarrillo negro, aspiró el humo y lo expulsó con lentitud—. ¿Has oído hablar del vudú, Janey?

La niña meneó la cabeza.

—Funciona así: un brujo maldice a una persona haciendo un muñeco y hundiendo una aguja en el corazón del muñeco. Luego deja el muñeco en la casa del hombre maldito. Cuando el hombre lo ve se asusta mucho. Convierte en real la maldición al creer en ella.

—¿Y luego qué pasa?

—Su corazón deja de funcionar y muere.

Janey notó que su corazón latía muy deprisa.

—Tienes miedo, ¿verdad, Janey?

—Puede que... un poco.

—Claro que tienes miedo. —Rió entre dientes—. Y es lógico..., ¡con una cosa así dentro de ti!

—¡Eres un hombre malo y muy cruel! —le dijo Janey, con los ojos nublados por las lágrimas.

Y regresó corriendo a la vivienda.

Esa noche, en su cuarto, Janey permanecía sentada en la cama, rígida, abrazando a «Bigotes». Al gato le gustaba entrar allí por la noche y acurrucarse en la colcha, a los pies de la niña, para dormitar hasta el amanecer. Era un plácido gato doméstico, gris y negro, que jamás se quejaba de nada y siempre contestaba con un «miau» de alegría cuando Janey lo cogía para acariciarlo. Después ronroneaba.

Esa noche «Bigotes» no ronroneaba. Captaba las ásperas vibraciones de la habitación, captaba el nerviosismo de Janey. El animal se estremeció inquieto en los brazos de la pequeña.

—Tío Gus me ha mentado, ¿verdad, «Bigotes»? —La voz de la niña reflejaba tensión, incertidumbre—. Míralo... —Acercó más al gato—. No hay nada ahí, ¿verdad?

Y abrió la boca para demostrar a su amigo que ninguna rata vivía allí. Si había una rata, el viejo «Bigotes» metería una pata para cazarla. Pero el gato no reaccionó. Se limitó a cerrar y abrir sus rasgados ojos verdes.

—Lo sabía —dijo Janey, enormemente aliviada—. Si yo no creo que esté ahí, *no está*.

Poco a poco relajó los tensos músculos de su cuerpo..., y «Bigotes», al percibir el cambio, empezó a ronronear: un suave y tranquilizador sonido de motor en la noche.

Todo estaba bien. Ninguna criatura de ojos rojos existía en su barriguita. De pronto la niña se sintió agotada. Era

tarde, y por la mañana tenía que ir al colegio.

Janey se deslizó bajo la sábana y cerró los ojos tras soltar a «Bigotes», que se alejó silenciosamente hacia su habitual rincón de la cama.

Janey tenía muchas cosas que contar a sus amigos.

Era jueves, un día que Janey solía odia. Un jueves sí y otro no, su madre iba de compras y la dejaba cenando con tío Gus en la casona encantada de éste, con los postigos bien cerrados para que no entrara el sol, y las sombras llenando todos los pasillos.

Pero ese jueves iba a ser distinto, y Janey no se preocupó cuando su madre se marchó y la dejó sola con su tío. Esta vez, pensó la niña, no iba a tener miedo. Soltó una risita.

¡Hasta podía divertirse!

Tras ponerle un plato de sopa delante, tío Gus le preguntó cómo se encontraba.

—Bien —dijo Janey tranquilamente, con los ojos bajos.

—Entonces podrás apreciar la sopa. —Sonrió, tratando de que su apariencia fuera agradable—. Es una receta especial. Pruébala.

Janey se metió una cucharada en la boca.

—¿A qué sabe?

—Un poco ácida.

Gus meneó la cabeza mientras probaba la sopa.

—Ummm... Deliciosa. —Hizo una pausa—. ¿Sabes de qué está hecha?

Janey contestó que no con la cabeza.

Gus sonrió y se inclinó hacia la niña al otro lado de la mesa.

—Es sopa de ojos de búho. Hecha con ojos de búho muerto. Machacados y recién extraídos para ti.

Janey sostuvo la mirada de su tío.